

VIII

LAS PROMESAS DEL APOSTOL.

VIII

LAS PROMESAS DEL APOSTOL.

Todo rico es ladrón.
SAN BASILIO.

Propuesta por Cassius, magníloco tribuno, en el año 268 de Roma, la primera ley agraria decretaba el reparto de las tierras conquistadas, entre los proletarios indigentes de la clase plebeya.

Espantó a la nobleza el proyecto de Cassius, y estalló la guerra entre los próceres terratenientes patricios y los tribunos populares que intentaban reivindicar los fueros del Estado y los derechos de la plebe a explotar las tierras públicas.

La ley Licinia fué la primera promulgada, 376 años antes de Jesucristo, y limitando a 500 arpendes* la extensión de las tierras patrimoniales que podía poseer un ciudadano, prescribía también el pago de arrendamientos al Estado; pero no fué observada.

* Arpende: antigua medida agraria que tenía 120 pies cuadrados.

Varias leyes agrarias expedidas por César, siendo Cónsul, concedían tierras públicas de la Campania a los padres plebeyos que tuviesen tres o más hijos: tampoco fué cumplida.

Desde entonces, la gran cuestión agraria, como ahora se llama, viene significando a través de los tiempos y entre todos los pueblos un difícil problema, cuya improbable solución, en el actual orden social, cuesta ya mucha sangre y mucho oro a las naciones perturbadas por esa pretensión, tal vez justificada, que representa la única esperanza de los proletarios para obtener la posesión, o cuando menos, el usufructo de la tierra.

No pretendo al hablar de la cuestión agraria aportar un humilde contingente, que pudiera ser útil a los sabios economistas que en el mundo entero tratan de resolver el gran problema; y sólo me propongo exponer los peligros que actualmente amenazan de muerte, en mi Patria, al endeble organismo social de un pueblo joven e ignorante, aventurado en un empeño cuya realización no han conseguido ni los pueblos más viejos y cultos de la tierra.

Y debe ser muy grande tal peligro, cuando la magna Convención Francesa decretaba en el año de 1793, pena de muerte para el que, simplemente, *propusiese* alguna ley agraria.

*
* *

Nuestro pueblo, a pesar de las necias aseveraciones de algunos patrioterros estultos y mendaces, no ha llegado a la altura de los pueblos, por cierto muy escasos, que pueden ser regidos por los dogmas ideales de la santa democracia, y mucho menos por los utópicos preceptos del evangelio socialista.

Para vivir en plena salud pública, política y moral, el hombre necesita una suma de relativa libertad proporcionada al desarrollo de su instrucción y de sus aptitudes personales.

“El hombre, dice Thiers, es un sér limitado, su corazón es como su cuerpo; es necesario elevarle, primero, de él mismo a su familia, después a su patria y, por fin, a la humanidad.”

Y, yo diré algo más: los veinte siglos que llevamos de vida, en la Historia, no han bastado a formar, siquiera un pueblo, cuyos ciudadanos hayan alcanzado el grado de cultura necesario para ser elevados de la noción de patria, hasta la excelsa noción de humanidad.

Las civilizaciones no han podido jamás ser constituidas ni guiadas sino por grupos reducidos de sabios conductores que representan la aristocracia intelectual; pero el conjunto de la población está formado en casi todos los países por esas multitudes ignorantes e inconscientes

cuya psicología, estudiada y descrita en admirable forma por el sabio Le Bon, revela una escasísima cultura, pasiones depravadas e instintos pervertidos.

Son esas multitudes impulsivas, fanáticas y desmoralizadas, las que ahora, al comprender o sospechar la enormidad de su poder y de su fuerza, pretenden imponer en todo el mundo su brutal y despótico dominio.

Y si las clases superiores no se unen y se aprestan a organizar una prudente pero enérgica lucha de defensa social, corren el riesgo de ver en breve tiempo reemplazados los derechos divinos y hereditarios de los reyes y las prerrogativas de los gobernantes, por un nuevo derecho, el de las multitudes.

“Todas las fórmulas en las que se condensan ahora los instintos populares, y que se proponen la destrucción total de la sociedad, son propagadas por esa categoría de alucinados designados con el nombre de agitadores o apóstoles, y cuya psicología no ha variado a través de las edades.

“Son generalmente espíritus obtusos, pero dotados de una tenacidad fuerte; repiten siempre las mismas cosas en los mismos términos, y están dispuestos a menudo a sacrificarse al triunfo del ideal que les ha conquistado. Su poder sobre el alma de las multitudes es considerable, porque prometen continuamente luminosos paraísos. Un paraíso es esperanza, y la esperanza

fué siempre uno de los principales móviles de la actividad de los hombres.

“Hipnotizados por sus ensueños, acaban por alucinar a las multitudes y las lanzan furiosamente contra todos los obstáculos. La intelectualidad de las masas no se ha modificado, apenas, en el curso de los siglos. La inteligencia puede evolucionar; pero los sentimientos y las pasiones, que son nuestros verdaderos guías, no han cambiado.

“Desgraciadamente, los apóstoles sólo se combaten con apóstoles: ahora bien, si los del desorden son numerosos, los del orden son muy raros. El error apasiona, pero las verdades frías no entusiasman.

“Además, es más fácil alabar ilusiones que defender realidades. Asegurad a un obrero que su patrono es un ladrón y que hay que quemarle la fábrica, y os creará fácilmente; pero explicadle que su patrono se verá obligado a reducirle el salario, porque en el fondo de Asia unos hombres amarillos fabrican los mismos productos a menos precio, y no os escuchará siquiera.

“El mundo ha sido hasta ahora trastornado por quimeras, y grandes imperios fueron destruidos bajo la influencia de convicciones sentimentales, cuya insignificancia nos parece hoy extrema. No esperemos que la razón ejerza en el porvenir un papel que no ha ejercido en el pa-

sado, y preparémonos a sufrir todavía el poder invencible de las quimeras. Las ilusiones penetran lentamente en el alma de las multitudes; pero cuando se han implantado en ella, es para mucho tiempo, y es imposible prever sus destrozos.”*

*
* *

Lo que Madero consiguió predicando los dogmas comunistas y prometiendo el *paraíso* de que habla Le Bon, a las impresionables multitudes, fué despertar en ellas locas ambiciones e instintos de matanza y de rapiña.

La promesa de tierras, la peligrosa oferta de una ley agraria que como por encantamiento las enriqueciera, y el falso ofrecimiento de libertad completa y absoluta, envenenaron para siempre la conciencia de toda una generación de proletarios.

Madero dijo al pueblo, parodiando la frase del imprudente San Basilio: *Los ricos son ladrones y te roban*; San Ambrosio declara que *la tierra ha sido concedida por Dios a ricos y pobres; luego, es tuya*.

Y el pueblo lo creyó y lo seguirá creyendo durante largos años.

Emiliano Zapata, el llamado *General integérrimo*, por el mismo Madero, que le estrechó en

* Dr. Gustavo Le Bon.—La Psicología Política y la Defensa Social.

sus brazos cordialmente; Zapata, ese bandido temerario, el Tigre de Morelos, el sanguinario cabecilla que, arrastrando a las hordas de fanáticos, va sembrando el pavor y el exterminio, desde hace ya dos años, en toda una comarca; es la obra maestra de Madero, el hijo espiritual del falso apóstol.

Y a Zapata, el Atila del Sur, y a todos sus bandidos, habrá que darles muerte, o darles tierras, porque jamás habrá quién los convenza de que la tierra *es de sus dueños*.

Y así como Zapata, sienten y creen los sublevados en el Norte, los yaquis de Sonora, las tribus de Oaxaca; y así sienten y creen, todos los aradores de la gleba y todos los hambrientos de la plebe. *

* Los yaquis y los mayos ocupan una de las comarcas más fértiles y ricas del Estado de Sonora, pertenecen a una misma raza y hablan los dialectos de un mismo idioma, el cahita.

La gran extensión de terreno que forma los territorios yaquí y mayo, llegará un día a ser fuente de incalculable riqueza para nuestro país, pues en las riberas de los dos ríos que la riegan, hay tierras muy feraces, pudiendo producir enormes cosechas de maíz, algodón, trigo, garbanza y caña de azúcar. Los bosques que allí existen son de un valor también incalculable, y entre ambos ríos hay terrenos inmejorables para la cría de toda clase de ganados.

Por desgracia, los yaquis jamás han consentido en someterse al Gobierno, y sus continuas guerras y sublevaciones han hecho que hasta ahora permanezca improductiva una región que por su benigno clima y su increíble fertilidad podría ser la primera entre todas las regiones agrícolas de nuestro suelo.

Ni los yaquis, ni los mayos pueden ser considerados como salvajes, pues durante largas temporadas permanecen en contacto con los blancos, a quienes ellos llaman *yoris*, trabajando a jornal en toda clase de labores: muchos de ellos hablan español y casi todos han adoptado las ceremonias reli-

Será en vano, que el Gobierno sacrifique su ejército y agote su tesoro en tristísima lucha fratricida.

Si el Estado no encuentra un oportuno medio de adquirir terrenos de propiedad particular, a fin de distribuirlos, o no inicia, en yo no sé qué forma, el reparto de las tierras baldías nacionales, la pacificación total de la Repúbli-

gias del catolicismo, bautizan a sus hijos y se casan ante los ministros católicos.

La instrucción progresa muy lentamente entre estos indios, debido a la falta de escuelas apropiadas, de enseñanza obligatoria, y a la falta de tranquilidad; pues preocupados por los asuntos de la guerra, los yaquis descuidan la educación de sus hijos y se resisten a enviarlos a las escuelas existentes en los pueblos y ciudades.

Verdad es que algunos yaquis jóvenes saben leer y escribir y poseen algunos rudimentales conocimientos en gramática y aritmética; pero en cambio la mayor parte de la tribu está formada por analfabetas.

La educación que reciben de sus rencorosas madres, sólo tiende a perpetuar y fomentar el odio a los yoris, y a cultivar los instintos guerreros, sugiriéndoles ideas de exterminio y avivando el amor a la libertad y a la imposible autonomía de su raza.

La tribu yaqui ha perdido casi todos sus caracteres distintivos; no conserva sino vestigios de sus antiguas costumbres; no posee caracteres somáticos especiales; va poco a poco mezclándose con la raza blanca y asimilando sus hábitos, su civilización y su lenguaje; carece de religión propia, de industrias peculiares, de organización autonómica y de propiedad territorial; sólo conserva como carácter demótico esencialmente distintivo, la lengua de sus antepasados, y sólo por la guerra está separada de sus compatriotas.

El yaqui, por su poderosa organización estructural y por sus enérgicas actividades intelectuales, es susceptible de adquirir un alto grado de cultura; está llamado a desaparecer, en breve tiempo, como raza, y en la actualidad atraviesa un precursor período de transición, tras el cual ingresará definitivamente en las filas de la civilización contemporánea, e impulsado por la omnipotente fuerza evolutiva del progreso, marchará confundido con sus hermanos yoris, hacia la indefinida perfección de la humanidad.—“Las Razas Indígenas de Sonora y la Guerra del Yaqui,” por el Dr. Fortunato Hernández.—México, 1902.

ca será casi imposible, y los disturbios proseguirán por largo tiempo y con variables intervalos de sumisión forzada y transitoria.

Quizás algún empréstito cuantioso, quizás algún potente sindicato o algún sabio proyecto de legislación agraria, vendrán a resolver el gran problema que planteado hace siglos en Roma por el tribuno Cassius, no ha tenido, hasta ahora, satisfactoria solución ni en los países opulentos que poseen vastos campos coloniales.

México tiene una extensión territorial de casi dos millones de kilómetros cuadrados y nada más quince millones de habitantes.

La cantidad de tierras cultivables podría llegar a un número muy alto de kilómetros cuadrados, si se emprendieran grandes obras de irrigación y de desmonte, que desde luego proporcionarían trabajo a todos los honrados jornaleros que se hayan sublevado, exasperados por el hambre.

La salvación de un país tan rico como el nuestro, no requiere un milagro; pero sí un gran esfuerzo, un supremo recurso, decisivo e incruento.

Entretanto, preciso es confesarlo, para calmar la ira de las furentes multitudes, el Estado tendrá que apresurarse a cumplir, aunque sea en parte, las promesas agrarias del apóstol.